

Adolescencia



Juana Cortés Amunárriz



cuentos para la diversidad

2

Aquel primer día de curso me senté en la última fila, junto a un sitio que permaneció vacío todo el día. Acababa de cumplir trece años y yo, con mis primeros granos en la frente, con una nariz que daba la impresión de haberse puesto a crecer independientemente y un cuerpo larguirucho y flaco, pensaba que no debe haber edad peor en toda la vida. Me hubiera metido en una alcantarilla a pasar allí mi adolescencia. Mientras nuestro antiguo tutor nos daba la bienvenida, me dediqué a pensar quién sería la persona que iba a ocupar el asiento vacío. Existía una posibilidad del cincuenta por ciento de que se tratara de una chica. No soportaba la idea de estar escondiendo los granos toda la jornada escolar. Me tiraré por la ventana, decidí. Pero a última hora de la mañana, cuando por fin apareció nuestro tutor y leyó la lista de alumnos, recuperé la tranquilidad. La única persona que faltaba ese día era un chico, Mario Caramusi. La suerte estaba de mi lado.

Al día siguiente conocí a mi compañero, el muchacho de nombre interesante con el que debía de compartir pupitre. Era un joven alto, desgarbado, de pelo negro y liso y piel muy blanca con una pequeña cicatriz en la mejilla. Tenía las manos grandes y huesudas y por lo menos calzaba un cuarenta y dos. Le saludé intentando parecer simpático, pero él se limitó a hacer un gesto con la cabeza y se concentró en el libro que sostenía entre las manos. No era la persona más sociable de este mundo. De eso estaba seguro.

Durante las primeras semanas de curso Mario Caramusi y yo intercambiamos una cantidad bastante reducida de frases simples, tipo, déjame la goma, devuélveme la goma o está lloviendo hoy no haremos educación física en el patio. Eran frases reveladoras del tipo de relación que teníamos. Es decir, nos ignorábamos mutuamente, aunque él hacía un esfuerzo mayor en demostrarlo.

Una mañana de un día que prometía bastante poco, sucedió la primera cosa interesante del curso. El profe de geografía e historia hablaba de un próximo control y los alumnos protestaban y el profe decía, pero no os preocupéis, va a ser una prueba informal, sólo quiero saber cómo estáis preparados, no va a puntuar, va a ser fácil, no os voy a preguntar cuál es la capital de Tanzania, estad tranquilos. Y entonces Mario Caramusi, que como casi siempre estaba ensimismado mirando por la ventana dijo muy bajito Dar Es Salam. Yo lo oí perfectamente. Siempre he tenido buen oído. Así que al volver a casa miré en el atlas y efectivamente, como había supuesto, Dar Es Salam era la capital de Tanzania. Es decir, Mario Caramusi era un chaval bastante listo, aunque hiciera grandes esfuerzos por no demostrarlo.

Desde ese momento puse gran empeño en conocer más de mi misterioso compañero. Lo disimulaba, pero estaba pendiente de cualquier detalle. Al cabo de un mes tenía cierta información como: le gusta la geografía, le gustan los viajes, le gusta la astronomía. No le gustan las chicas ni los deportes en grupo. Es bueno en cálculo mental, conoce a la

perfección los minerales, usa ropa grande y lleva un objeto en el bolsillo que no quiere que yo vea. Ese era el balance. No había avanzado gran cosa.

Sin embargo todo cambió cuando la casualidad intervino de repente. Una mañana la policía vino a buscarme al colegio y me sacaron de clase sin dar ningún tipo de explicaciones. El caso es que desde que salí escoltado por los agentes, hasta que volví algunas horas más tarde, la idea que todos tenían de mí había cambiado bastante. Ya no era el chico tímido y callado de la última fila, sino alguien que había hecho algo, o que sabía algo... en fin de cuentas, alguien más interesante. Los chicos me rodearon y me preguntaron pero yo les dije que no podía decir nada por el momento, lo que contribuyó a aumentar el misterio.

Fue entonces cuando Mario Caramusi empezó a interesarse por mí. Sé que me lo vas a contar, me dijo con tanta confianza que supe que no podría mantener la promesa que había hecho a la policía. Le conté a Mario Caramusi cómo había sido testigo accidentalmente de un robo en el piso superior de mi vivienda. Cómo había visto a los ladrones, que pertenecían a una banda muy peligrosa, según la policía. Cómo mi madre se lo había dicho a la policía. Cómo había asistido a un ronda de reconocimiento y había identificado a dos de ellos... Mario, porque desde ese día pasó a ser Mario, estaba fascinado. Me encantan las aventuras, me confesó. Hubiera dado mi dedo meñique por haber podido ir yo a la ronda de reconocimiento, dijo.

Al cabo de unos meses nos convertimos en uña y carne. Éramos inseparables. Todos esos sentimientos tan negativos que me acompañaban desaparecieron. Con Mario tenía muchas otras cosas en las que pensar. Todas ellas más interesantes. Por ejemplo qué importancia podía tener unos granos, en comparación con la preparación del crimen perfecto... Mario me había contagiado su pasión por la novelas de misterio y pasábamos las horas muertas inventando historias repletas de asesinos sin escrúpulos, indefensas mujeres hermosas, detectives de tres al cuarto y pequeños héroes anónimos capaces de salvar al mundo.

Además del gusto por la literatura, Mario me enseñó su pasión por la geografía, por conocer mundos diversos. Podíamos pasarnos horas y horas preguntándonos por cordilleras de nombres impronunciables, ciudades recónditas, ríos que morían en los desiertos, desiertos helados, capitales de países más pequeñas que nuestro barrio. Descubrir mundos tan pequeños o tan grandes, situaciones tan imposibles y a la vez tan reales, hacía que la vida fuera más interesante. Tras tantas horas de conversación, acabamos teniendo un lenguaje propio, lleno de referencias, de sugerencias, tan personales y tan secretas, que si queríamos nadie podía entendernos al hablar. Era un juego más. Otro de aquellos fascinantes juegos de una infancia que acababa.

Mario venía muchas veces a mi casa. Nos encerrábamos en mi cuarto y pasábamos las horas muertas hablando de ese mundo que estábamos creando. Mi madre nos hacía la merienda y nos preguntaba por qué no

bajábamos a jugar al fútbol como hacían los otros chicos. Me gusta tu madre, me dijo una vez Mario. Aunque tenía gran confianza en él y éramos inseparables yo hacía tiempo que me había dado cuenta de que él ocultaba algo. No le gustaba hablar de su familia y nunca íbamos a su casa. Así que cuando hizo aquel comentario, yo aproveché para preguntar escuetamente: ¿Y tu madre?

Mario hizo cómo que no me había oído y se puso a hablar de otra cosa. Yo le seguí la corriente. Hay que respetar los silencios. Si Mario no quería hablarme de su madre.... Era asunto suyo. Pero la pregunta que Mario había fingido no oír no había sido en vano. Al día siguiente, en el recreo, mientras tirábamos piedras, Mario se me quedó mirando fijamente. Vente esta tarde a mi casa a merendar. A las seis. Te enseñaré mi colección de minerales, dijo.

Toqué el timbre de la puerta de la casa de Mario como si llamara a la casa del terror, con los músculos en tensión, preparado para cualquier cosa. Si me hubiera abierto la puerta la momia, no me hubiera extrañado en absoluto. Le hubiera saludado amablemente y le hubiera seguido hasta la habitación de Mario como si tal cosa. Pero para mi tranquilidad, fue un hombre de unos cuarenta años el que me abrió. Me miró con simpatía, como si esperara mi visita. Así que tú eres Oscar. El famoso Oscar, dijo ofreciéndome su mano que yo estreché con timidez. Soy Antonio. Entra, entra, estás en tu casa. Le seguí y entré en una casa muy bonita, con las paredes pintadas de distintos colores. ¿Te

gusta? - me preguntó al observarme- Soy decorador. En ese momento Mario salió de su habitación y Antonio nos dejó a solas.

Me encantó su habitación. Estaba empapelada con mapas y tenía las constelaciones en el techo. Tenía pocos muebles y una gran alfombra granate sobre la que nos sentamos. Mientras me comía un donuts, Mario me dijo que Antonio no era su padre. Era el novio de su padre. Vivía con ellos desde hacía muchos años. Desde que yo era pequeño, dijo. Mi padre y mi madre se separaron cuando yo tenía dos años. Mario me habló de su padre. Le tenía gran admiración. Era químico y trabajaba en un laboratorio. Es estupendo, dijo muy orgulloso. Sabe hablar de muchas cosas y nunca te aburres con él. Debe de ser porque se pasa el día solo, con el microscopio, así que cuando llega a casa tiene ganas de hablar y de jugar al ajedrez y de hacer pizza y cosas de esas que nos gustan a los tres. Tienes que conocerle. Hoy vendrá tarde, pero otro día, cuando quieras...

El tema de los dos padres de Mario no daba mucho juego. Era algo especial, era cierto, pero pronto me di cuenta de que era una familia muy similar a todas las familias que conocía. Así que Mario me enseñó su colección de minerales y estuvimos discutiendo un rato acerca de cuáles de esos minerales suponíamos que podían encontrarse en Marte y cuáles no. Acabamos peleándonos y riéndonos tumbados sobre la alfombra. De repente me di cuenta de que eran casi las ocho. Me fui

rápidamente y me despedí de Antonio en la puerta. ¿Vendrás otro día? me preguntó con curiosidad. Claro, respondí. Se me hace tarde...

Durante la cena mi madre me preguntó cómo era la familia de Mario. No tiene hermanos, le dije contestando a sus preguntas. ¿Su madre? Es decoradora. Tienen una casa muy rara. La sala está pintada con tres colores distintos.... Y su padre es químico. Me han dicho que un día de estos me quede a cenar. Vamos a hacer nosotros una pizza.

Ahora las cosas estaban claras entre nosotros, pero yo tenía una duda. En el recreo se lo dije. Mario, ahora que no hay secretos entre nosotros, quiero que me digas una cosa... El me miró seriamente, quizás un poco a la defensiva. Quiero que me digas qué coño llevas siempre en el bolsillo. Y él con una gran sonrisa en los labios se sacó un pequeño objeto que escondió en la palma de la mano. Lo abrió y vi que se trataba de una pequeña brújula antigua. Uno nunca sabe cuándo va a hacer un viaje. Y yo siempre estoy preparado, dijo. Era preciosa.

Toma, te la regalo, me dijo, espontáneamente, colocando el objeto en mi mano. Cogí la pequeña brújula. La sentí en mi piel. Todavía mantenía el calor de su cuerpo. Ahora fui yo quien la guardé en la palma de mi mano. Como un tesoro. Como el mejor tesoro del mundo.

Y en ese mismo instante supe que si algún día Mario me pedía que le acompañara en su viaje, yo siempre, siempre, estaría a su lado.

cuentos para la diversidad

1. A clase como si nada - Celia Díaz Pardo
2. Adolescencia - Juana Cortés Amunárriz
3. Artyon - Felisa Benítez Izuel
4. Boda en Regaliz - Fátima Verona Martel
5. Carlos y el fútbol - Roberto Ismael Castón Alonso
6. (Casi) como los demás - Juan Senís Fernández
7. Compañeras - Juana Cortés Amunárriz
8. De Kiev a la Alcarria - Miguel Ángel González Merino
9. Dos padres - José Luis Muñoz
10. El cumpleaños - Elena Verdi
11. Jarabes mágicos - Herminia Dionís Piquero
12. La princesa valiente - Arancha Sánchez-Apellániz Sanz
13. La tortuga Suga y el concurso de disfraces - Elena orión
14. Los amantes del mar - Nicanor Suárez Hernández
15. Luci - Juana Cortés Amunárriz
16. Max - Javier Termenón
17. Me quieren - Javier Termenón
18. Mi amigo Vania - Esperanza Mendieta
19. Mis tíos favoritos - José Antonio Cortés Amunárriz
20. Ni carne ni sopa - Pola Gutiérrez Alegre
21. Nicolás tiene dos mamás - Juan Carlos Manteca y Natascha Rosen
22. Sedna. Un planeta diferente - Lorena Castro Salillas
23. Un suspiro ha nacido - Noelia Verona Martel
24. Una familia diferente - Sergio Zeni Beni
25. Una familia muy especial - Juana Cortés Amunárriz
26. Villa Pared y Villa Sol - Emmanuel Vila Ibarlucea
27. Yo - Esperanza Fernández